

RODERIC CAMP

LAS ÉLITES MEXICANAS

LAS ÉLITES RELIGIOSAS: RETRATO MÍNIMO

QUINTA DE CINCO PARTES

TRADUCCIÓN DE GABRIELA CASTILLO ESPEJEL

DOS GRUPO QUE han representado en México un papel histórico central, el clero y el ejército, han sido francamente ignorados por los investigadores más calificados del siglo veinte. Los militares fueron objeto de una gran atención durante el periodo posrevolucionario inmediato porque se encontraban estrechamente vinculados a la dirigencia política; las élites religiosas, en cambio, no han sido estudiadas. No por casualidad, mientras más cohesivo es un grupo, más inusuales sus valores, más fuerte su propia estructura institucional y mayor su independencia del Estado, menos son las probabilidades de que haya sido estudiado. Sabemos más de una élite mientras más estrechos son los lazos entre ésta y las instituciones políticas, en términos del intercambio entre sus respectivas dirigencias. Como a este respecto la Iglesia no mantiene lazos con el Estado, a diferencia de lo que sucede con las élites intelectual, empresarial y militar, sus líderes son relativamente poco conocidos y comprendidos.

Las élites religiosas mexicanas merecen un examen serio ya que ofrecen visiones alternativas a las de los políticos. Sus antecedentes, educación y experiencias difieren de las de políticos, empresarios, intelectuales y militares. Estas diferencias no sólo influyen en la ideología del clero, sino también en los métodos que éste utilizaría para solucionar los problemas de México. De ningún modo desea guiar los destinos políticos del país, sino tan sólo ver que se cumpla la mayor parte de los objetivos de los mexicanos.

En México, ninguna estructura institucional es tan fuerte o tan legítima como la Iglesia católica. Sin embargo, al igual que el Estado mexicano, la Iglesia se caracteriza por rasgos institucionales que han contribuido a la formación de sus líderes. Históricamente, la Iglesia, al igual que la élite empresarial, estableció relaciones con el Estado sobre la base de una asociación simbiótica.¹ Desde sus inicios en el periodo colonial, la Iglesia fue un aliado incondicional del Estado en la conquista y desarrollo de la Nueva España. No obstante, durante toda la era colonial, las relaciones entre ambos estuvieron llenas de tensiones. No sólo existían diferencias de opinión entre las élites civiles y religiosas acerca de la política colonial, sino que los conflictos se daban también en el interior de la Iglesia.

En cuanto estructura institucional, la Iglesia ofrece algunos elementos de fuerza particulares que ni las élites empresariales ni las intelectuales poseen. De los tres grupos, el de intelectuales es el que más depende del Estado, directa o indirectamente, para trabajar. La Iglesia mexicana, cuyos recursos, a partir de la década de los veinte, son limitados, no depende del Estado. La seguridad y autonomía financieras dan a los líderes religiosos una independencia considerable. Y lo que es más importante, en términos psicológicos los líderes eclesiásticos no se ven a sí mismos como dependientes de la generosidad del Estado como es el caso de los empresarios o los intelectuales.

Sin embargo, políticamente, la Iglesia es víctima de las mismas condiciones a que está sometido el sector privado mexicano. Después de la revolución, el gobierno mexicano se expandió con rapidez, buscando estimular y fortalecer a la iniciativa privada para propiciar el desarrollo económico de México. Creó las organizaciones de los grupos de interés que en términos políticos representan a este sector y utilizó la Constitución de 1917 para definir sus relaciones con él. En dicho documento, la posición del Estado frente al sector privado es contradictoria, mientras que su postura ante la Iglesia es muy clara. Las élites políticas mexicanas, por razones de ideología y de control del aparato estatal, limitaron enormemente las actividades políticas de la Iglesia católica.

El clero y ciertos líderes seculares se resistieron ferozmente a la supresión de la Iglesia y de la cultura católica por parte del Estado, actitud que se puso de manifiesto con la resistencia y la violencia de los años veinte.² Al incrementar gradualmente el Estado su autoridad, la legitimidad e influencia políticas de la Iglesia declinaron. Irónicamente, sin embargo, a partir de 1968, cuando el Estado mismo tuvo que hacer frente a serios problemas de legitimidad, y al declinar su suerte en los setentas y los ochentas, la de la Iglesia ha mejorado.

En el ensayo introductorio sugerí que el crecimiento del Estado burocrático dio lugar a muchas consecuencias interesantes para su dirigencia. La Iglesia posee también muchos rasgos interesantes. Como sucede dentro del Estado, la jefatura eclesiástica se auto-selecciona. Los obispos son los líderes clave, y, como los políticos, eligen a sus discípulos cuando apenas

inician sus carreras. La trayectoria religiosa típica que lleva a convertirse en obispo empieza con las experiencias en el seminario. En los seminarios católicos, los estudiantes que dan muestras de capacidad de aprendizaje y/o don de mando son identificados a una edad relativamente temprana. Aquellos seminaristas que tienen capacidad potencial de mando son enviados a Roma, a la Universidad Gregoriana, a estudiar. No sólo realizan ahí su preparación para el sacerdocio, sino que casi todos ellos estudian un doctorado en teología. Cuando el joven sacerdote, que siguió esta trayectoria, regresa de Roma, las más de las veces termina en el seminario de la diócesis en la que originalmente fue reclutado o en otro seminario.

La Iglesia católica, al igual que el Estado mexicano, ofrece dos grandes trayectorias. Una vez más, es posible establecer una analogía con el ejército mexicano. Los clérigos con mayores posibilidades de ascender en la jerarquía eclesiástica son aquellos que podrían describirse como clero "administrativo". La mayor parte de los obispos contemporáneos han dedicado muy poco tiempo a su labor de sacerdotes comunes de parroquia, por el contrario han sido sobre todo instructores o administradores en los seminarios, miembros del cuerpo administrativo diocesano y ayudantes de obispos. Los sacerdotes de parroquia, como los comandantes de campo en el ejército o los líderes políticos de extracción popular, no tienen muchas posibilidades de alcanzar puestos de alto nivel.

No obstante, hay un rasgo estructural de la Iglesia católica inherente a sus relaciones institucionales que la hace diferir de cualquier otro grupo dirigente mexicano, con la posible excepción del ejército. Está dividida en dos grandes grupos: miembros de órdenes religiosas y sacerdotes seculares, o lo que el clero mexicano denomina sacerdotes diocesanos. Tradicionalmente, se podría pensar en las órdenes religiosas como una élite dentro del clero. Las órdenes fueron de crucial importancia para la conquista religiosa de México y para el establecimiento de los seminarios. Durante siglos han existido tensiones entre las órdenes religiosas y el clero diocesano.³ Así como existen rivalidades entre los diferentes servicios armados dentro del ejército, o diferencias entre los políticos tecnócratas y los tradicionales dentro del Estado, la Iglesia se ha visto debilitada por estos conflictos. Sin embargo, en México, actualmente las rivalidades tradicionales entre estos dos grupos no son fuente de tensiones importantes. Contrariamente a lo que sucede en otros países latinoamericanos, gran parte de los obispos mexicanos posee antecedentes diocesanos, lo que sugiere que para un miembro del clero regular el camino hacia la cima está más libre de obstáculos.

Por otro lado, la Iglesia difiere también de cualquier otra institución mexicana en que su estructura burocrática, su jerarquía misma en realidad, se extiende más allá de los límites políticos del país. Esto es a la vez una ventaja y una desventaja. A diferencia del Estado mexicano, la jerarquía de la Iglesia no está mayormente centralizada, ya nacional, ya internacionalmente. Es cierto que casi todos los obispos, arzobispos y cardenales mexicanos han estudiado en

Roma, así como todos los oficiales con grado de generales se han formado en el Heroico Colegio Militar y en el Colegio Superior de Guerra. No obstante, la práctica administrativa de la élite clerical rara vez incluye la experiencia de trabajar en Roma o en la ciudad de México.

La característica más evidente entre los grupos de élite mexicanos es que residen y trabajan en la ciudad de México. Esto es particularmente cierto en el caso de los políticos y los intelectuales. Una importante minoría de los principales empresarios se encuentra en el norte y el oeste del país, pero la mayor parte vive aún en la capital. Los comandantes de zona desempeñan un papel muy importante en la estructura de la carrera militar, pero los oficiales militares tienen que turnarse en los puestos administrativos de la Secretaría de la Defensa Nacional en la ciudad de México. Sin embargo, los obispos por lo general no prestan sus servicios en la capital.

En efecto, la Iglesia católica ha logrado con éxito afianzar en su estructura burocrática una mentalidad regional, haciendo de cada diócesis el punto más alto en la jerarquía. Es ésta una característica muy importante. Un análisis de la carrera de los obispos nuevos demuestra claramente que gran parte de ellos ha ocupado varios puestos dentro de una diócesis particular, por lo general aquella en la que nacieron o se educaron. Si obtienen el nombramiento de obispos de una diócesis diferente, se desplazan directamente a ese puesto desde su diócesis original. Los obispos no necesitan trabajar en el Vaticano, o en la arquidiócesis de la ciudad de México, para adquirir una experiencia profesional homogénea.

Estructuralmente, cada diócesis es en esencia igual y autónoma.⁴ Por lo tanto, pueden existir diferencias ideológicas considerables entre una diócesis y otra. Y lo que es más importante, en términos de dirección, cada obispo deja huella en su diócesis, tanto en lo que respecta al proceso de selección de los futuros obispos, como a su preparación. El clero católico representa mejor los intereses regionales y locales a través de sus líderes que cualquier otro grupo de élite mexicano. A diferencia de los políticos y los militares, quienes tienen limitaciones inherentes en el ejercicio de puestos ejecutivos y de comandancias, los obispos desempeñan en forma ilimitada sus cargos de líderes, con frecuencia hasta que se retiran. En consecuencia, la dirigencia católica es mucho más estable que las dirigencias política y militar.

En la Iglesia católica se dan casos de centralización. En primer lugar, los obispos prestan sus servicios en el episcopado mexicano, el cual dicta conferencias con regularidad. El episcopado cuenta con su propio cuerpo administrativo pequeño, pero básicamente está dividido en comités, integrados por varios obispos. Ellos son los responsables de analizar y formular la política de la Iglesia en numerosas cuestiones. Por lo regular, sus recomendaciones se difunden entre la jerarquía eclesiástica.

Desde el punto de vista de la toma de decisiones, la Iglesia introduce también a un actor extraterritorial: el delegado del Vaticano. El delegado desempeña

un papel significativo en las relaciones entre Iglesia y Estado, y tiende a moderar los conflictos potenciales entre las autoridades eclesiásticas regionales y el Estado mexicano. Por razones históricas, y debido a restricciones constitucionales, el Vaticano se muestra sensible a conflictos potenciales entre Iglesia y Estado. El delegado también propone al Papa una lista de candidatos posibles para el cargo de obispo, incluyendo en ella sus preferencias personales.⁵

La educación del clero mexicano refleja un énfasis en la descentralización de la autoridad y la experiencia, y en la experiencia en el extranjero. Por un lado, gran parte de los sacerdotes han sido educados en un seminario regional mexicano. En las localidades donde no hay un seminario, o donde el seminario es inapropiado, los sacerdotes son enviados a seminarios más grandes y más prestigiosos. En diferentes momentos de la historia, los seminarios de Morelia, la ciudad de México, Puebla, León y Guadalajara fueron notables. Hoy en día, más de cuarenta seminarios importantes están ligados a las diversas diócesis. La formación previa de los sacerdotes y de quienes más tarde se convierten en obispos, ha sido encargada a varios seminarios. Ninguna institución, como por ejemplo la Universidad Nacional o el Heroico Colegio Militar, ha sido responsable de la educación de los principales clérigos mexicanos. Y lo que es más importante aún, la mayor parte de los obispos se formó en un seminario regional, y no en la capital, y los seminarios regionales han sido más importantes que los de la ciudad de México.

No obstante, los obispos sí comparten una experiencia educativa. Históricamente, el Estado mexicano fue el responsable indirecto de esta experiencia común. Como consecuencia de la represión contra la Iglesia en la década de los veinte, ésta decidió abrir un seminario en Nuevo México, Estados Unidos, para los sacerdotes mexicanos. Una importante generación de líderes religiosos se graduó en el seminario Moctezuma, generación que no sólo se formó en el mismo centro, sino que vivió en los Estados Unidos. La actual generación de obispos asiste ahora al Colegio Pío Latinoamericano, uno de tantos en la Universidad Gregoriana de Roma.

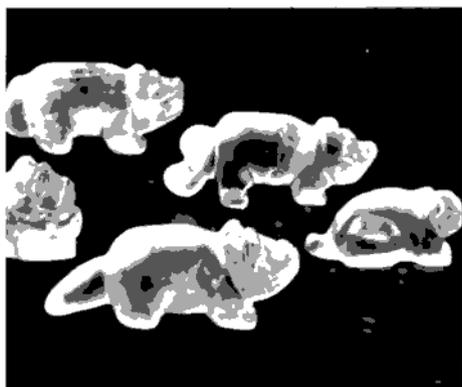
El Colegio Pío Latinoamericano es importante por varias razones. En primer lugar, casi todos los obispos mexicanos estudian en dicho colegio, lo que lo convierte en la influencia institucional más significativa dentro de los valores y experiencias comunes de los dirigentes religiosos mexicanos. En segundo, el clero mexicano está expuesto a la cultura italiana, y europea en general, mucho más que a la cultura norteamericana. Claro que también entra en contacto con el clero norteamericano, el cual asiste a su propio colegio en el Vaticano. En tercero, muchos otros clérigos latinoamericanos estudian en el Colegio Pío Latinoamericano, por lo que los mexicanos hacen amistad con importantes figuras religiosas de otras regiones de Latinoamérica. Se han visto expuestos a las corrientes teológicas, muchas de ellas desviaciones radicales del pasado, que se manifiestan en todo el hemisferio.

Muchos de los clérigos que estudian en Roma cursan doctorados. Algunos de ellos, aunque no es lo común, llevan a cabo estudios especializados en otras partes de Europa. Las exigencias del clero en lo que a educación formal se refiere han aumentado con el paso del tiempo y, en este sentido, son equivalentes a las que se requieren de las élites políticas, intelectuales y, cada vez más, económicas. Pero, a diferencia de estas otras élites, el clero estudia en un medio más homogéneo. No necesariamente se ha visto expuesto a todas las corrientes del mundo secolar, como tampoco es probable que haya tenido el mismo grado de contacto con todos los aspectos de la cultura occidental.

Sin embargo, el clero mexicano está expuesto a la influencia extranjera en formas tales que los políticos rara vez experimentan. En toda Latinoamérica, se ha manifestado una disminución significativa de los sacerdotes nativos. En consecuencia, muchos sacerdotes provienen de otros países, en particular de Europa y los Estados Unidos. México, en comparación con la mayor parte de los países latinoamericanos, recibe una afluencia muy limitada de sacerdotes extranjeros, pero el país brinda a los clérigos mexicanos la posibilidad de entrar en contacto directo con compañeros extranjeros. Y quizá lo más importante es que el clero depende de la ayuda de las organizaciones católicas fuera de México. Los obispos mexicanos, por razones de nacionalismo, se muestran reacios a la influencia que podrían ejercer las fuentes económicas de origen extranjero. Por lo general, imponen fuertes restricciones a esta ayuda pero, a no dudarlo, los intereses primordiales de los grupos católicos seculares del exterior tienen cierta influencia en sus propios puntos de vista.

Describí antes tres importantes grupos de élite, estableciendo su homogeneidad creciente en términos de sus orígenes sociales. Los principales empresarios proceden en su mayor parte de familias de clase alta, los intelectuales tienen antecedentes de clase media alta, pero los sacerdotes provienen por lo general de familias de clase media y baja. Esto permite a los futuros obispos establecer lazos sociales más estrechos con la población a la que representan. También los obispos tienden a proceder en forma desproporcionada de las ciudades, aunque no en la cantidad tan exagerada como en el caso de las otras élites mexicanas. Además, la ciudad de México es el origen de un porcentaje excesivamente alto de las élites económicas, políticas, intelectuales y militares. No obstante, entre los obispos, la ciudad de México está desproporcionadamente *poco representada*. En términos regionales, los obispos representan mejor la distribución geográfica de la población que cualquier otra de las élites por separado.

Y lo que es más importante, los obispos mexicanos no constituyen una élite que se autopropetúe. Debido a que no se casan ni tienen familia, no comparten lazos importantes de parentesco como se observa entre los políticos, los empresarios y los intelectuales. A este respecto, aunque el número total de clérigos en México es sumamente pequeño, y por lo tanto el medio del que se elige a los obispos es muy limitado,



los individuos que inicialmente se unen a él y que tienen las mayores posibilidades de éxito no provienen de generaciones sucesivas de las mismas familias. Por supuesto, los líderes religiosos pueden estar, y de hecho están, relacionados con otras élites gracias a sus hermanos y sus padres. Naturalmente, existen casos notables. En la actualidad, estos lazos son más una excepción que un caso típico.

Más que cualquier otro grupo de élite, el clero está aislado de las demás élites. La principal razón es su educación. Algunos futuros obispos asisten a escuelas privadas seculares, pero la mayor parte ingresa a los seminarios a una edad relativamente temprana, y en consecuencia es poco probable que conozcan a las futuras élites en esta forma. Sin embargo, parte del clero, aunque no es lo común en lo que respecta a los futuros obispos, entra en contacto con los estudiantes de las escuelas secundarias y preparatorias operadas por la Iglesia, y con los de la Universidad Iberoamericana. Dado que las familias más acomodadas envían a sus hijos a estas instituciones, los empresarios son el caso típico de quienes se han graduado en estas instituciones. Esto se aplica también a la actual generación de políticos, muchos de los cuales han asistido a las escuelas primarias de la élite operadas por los jesuitas y por los hermanos de María. Por otra parte, el contacto entre los futuros líderes del Partido Acción Nacional y el clero son más probables dado que son cada vez más los panistas que no sólo asisten sino también enseñan en la Universidad Iberoamericana.

En los ochentas, la Iglesia católica se ha convertido en una voz cada vez más escuchada en asuntos de orden social y político. Su jefatura, aunque confrontada, internamente en México y dentro de la Iglesia en lo internacional, a la cuestión de las responsabilidades pastorales frente a las responsabilidades sociales y políticas, se da cuenta de que para sobrevivir debe representar los intereses de sus fieles. En 1986, el 39% de los mexicanos en las ciudades y el 45% en los pueblos pequeños manifestaron asistir a la iglesia con regularidad. Esos intereses no sólo son de orden

religioso, en un sentido estrecho, espiritual, sino social, en el sentido más amplio posible. La legitimidad continuada de la Iglesia en cuanto institución depende en gran medida de su capacidad para representar esos intereses.

El clero, como cualquier otra institución o grupo mexicano, ha creado su propia élite. La debilidad de esta élite consiste en que es cada vez menor el número de obispos con experiencia directa como sacerdotes de parroquia. Se enfrentan al peligro de crear una élite administrativa. Algunos obispos han enviado deliberadamente a sus discípulos a las parroquias para contribuir a evitar una separación elitista entre los sacerdotes y su jefatura. Dado que no han percibido y atendido los problemas de sus feligreses en su carácter de sacerdotes locales, los obispos mismos, como puede fácilmente observarse en gran parte de las diócesis, se enfrentan a diario a las peticiones y los problemas del mexicano promedio. La fuerza del clero mexicano, sin equivalente en ningún otro grupo dirigente mexicano, la constituye su orientación regional, sus antecedentes y su autonomía. Posee una aguda sensibilidad ante las preocupaciones locales y, lo más importante, puede actuar en forma independiente para darles solución. Tan sólo este aspecto volverá cada vez más importante al clero en México, conforme decline la legitimidad del Estado y la autoridad política permanezca enclaustrada y centralizada en la ciudad de México.



NOTAS

- ¹ Karl Schmitt, "Church and State in Mexico: A Corporatist Relationship", *The Americas*, Vol. 40 (enero de 1984), pp. 349-376; y Claude Pomerleau, "The Changing Church in Mexico and its Challenge to the State", *Review of Politics*, vol. 43 (octubre de 1982), pp. 540-569.
- ² Jean A. Meyer, *The Cristero Rebellion* (Nueva York: Cambridge University Press, 1976).
- ³ Edward L. Cleary, *Crisis and Change: the Church in Latin America Today* (Maryknoll: Orbis Books, 1985).
- ⁴ Eric O. Hanson, *The Catholic Church in World Politics* (Princeton: Princeton University Press, 1987), p. 62.
- ⁵ *Ibid.*, p. 67.